



# La Lectura Popular

AÑO XV

Orihuela 15 de Junio de 1897.

Núm. 332

## EL TROZO DE VIDRIO

**D**ON Rufino Miseria tenía setenta y ocho años, y de los setenta y ocho había pasado sesenta juntando riqueza y más riqueza; tanto, que había llegado á ser uno de los más afamados capitalistas de su comarca.

Hijo de una familia pobre, su economía en un principio, su avaricia despues y su miseria siempre, habían sido los factores de su caudal.

Cuando nada tenía, recogía puntas de cigarro y cerillas apagadas; cuando pudo más, recogió ochavos morunos sin dejar de recoger cerillas; y cuando le sonrió la fortuna, recogió onzas de Carlos III, sin perjuicio de continuar recogiendo las cerillas y los ochavos.

Don Rufino era, pues, una verdadera urraca.

Pero vamos al caso.

Don Rufino tenía un amigo; es decir se había permitido tener un amigo allá en sus mocedades, cuando el hombre no sabía lo que se hacía; porque en cuanto lo supo, prescindió en absoluto de toda clase de amistades, que, segun decía, eran ocasionadas á vicios, para consagrarse exclusivamente á sus negocios: tal era el nombre con que D. Rufino bautizaba sus usuras del 1.000 por 1 y sus colectas de cajas de fósforos vacías, agujas despuntadas y demás valores al portador.

Un dia, despues de larguísima ausencia, se le presentó el amigo. Hacía cincuenta y pico de años que D. Rufino no le había visto, por lo cual consideró que no había ningun perjuicio para sus intereses en darle un abrazo, y se lo dió, si bien con la correspondiente prudencia para evitar extemporáneas intimidades.

—¿Qué es de tu vida, mi buen Rufino?—exclamó el recién llegado?

—Chico, la he aprovechado lo que he podido; y si bien he pasado grandísimas

amarguras, afanes y sacrificios, la verdad es que hoy puedo mostrar con orgullo el fruto de mis desvelos.

—¿Eres rico?

—Calla, no levantes la voz, pues no están los tiempos para hacer alardes de riqueza; pero de algo ha de servir nuestra amistad. Ven mañana, que quiero enseñarte mis ahorros.

Al dia siguiente, llegado D. Lorenzo, que así se llamaba el amigo, á casa de D. Rufino, despues de cerrar y abrir muchas puertas, condújole éste, por una obscura escalera, á un húmedo sótano más obscuro aun, donde las arañas y los miriápodos hacían eterna y tranquila compañía á un inmenso arcón de hierro cubierto de candados y cerraduras.

—Espera que encienda,—dijo D. Rufino dándose á buscar un poco trémulo, por los raídos bolsillos de su indefinible sayo, una caja mugrienta que contenía algunos fósforos con cabeza entre otros muchos decapitados.

Encendió D. Rufino, comunicó la llama diminuta á un cabito de vela, y empezó á luchar con el monstruo de las cien cerrajas para ponerle en condiciones de que permitiese alzar su enmohecida tapa.

Levantóla por fin un esfuerzo de la débil y temblorosa mano del avaro, ayudado por la más robusta de su amigo, y apareció á los ojos de ambos un inmenso montón de oro.

Habría observado el lector que al primer rayo del sol se alegran los pájaros y le sonrien á su manera cantando dulcemente; pues bien, otro tanto le sucedió á D. Rufino al dar en su apergaminado rostro el reflejo de sus antiguas monedas, cuya fecha de acuñación sin duda conservaba en la memoria.

Si no sonrió, porque los avaros llegan á perder la facultad de sonreír, á lo menos gruñó algunas palabras de satisfacción, que en él eran todo un poema.

—Ya ves, Lorenzo, lo que puede la constancia,—dijo D. Rufino.—¿Ves estas onzas? Son inglesas, pero de oro excelen-

te. Fué una acuñación hecha en 1656. Estas son moneditas de veintiuno y cuartillo; me gustan por su buena ley. Pues ¿y estos cabos de barra? ¿Hay nada más hermoso que los cabos de barra?

—Hombre, en efecto: esto es un tesoro que espanta á cualquiera...—exclamó Lorenzo;—pero no á mí.

—¿Cómo es eso?

—Porque yo soy tan rico como tú.

—¿De veras, Lorenzo? Hombre, me alegro,—dijo D. Rufino que ya casi estaba arrepentido de aquella bajada al sótano por las consecuencias que pudiera traer si su amigo llegaba á verse en alguna necesidad.

—Me alegro, hombre, me alegro—repetía con su acostumbrada pesadez; pues hasta en la conversación había adoptado el sistema de llenar los huecos con repeticiones de palabras vacías para no decir nada y salir del paso.

—Vaya, tú tambien, hombre; me alegro, me alegro.

Y es verdad que se alegraba, porque á los avaros les pasa lo que á los enamorados: que quisieran que todo el mundo tuviese novia para de este modo tener más segura la suya.

—Sí, insistió D. Lorenzo,—cuando menos, tan rico como tú, y deseo corresponder á tu confianza enseñándote tambien mi caudal. Te espero, pues, mañana á esta hora.

No faltó D. Rufino á la cita.

Deseaba ver el tesoro de su amigo, extrañándose por cierto de que lo hubiese llegado á reunir en medio de su borrascosa vida militar.

No gastó tantos preámbulos D. Lorenzo para mostrar su tesoro, como había gastado D. Rufino.

Llevó á éste á una habitación, sacó una llave, abrió un magnífico armario de nogal y...

—¿Qué es esto?—dijo D. Rufino.

—Mi caudal, hombre, ¿no lo ves?

—¿Qué caudal ni qué calabazas?—exclamó el avaro.—Yo aquí no veo más que tiestos.

—Claro está que son tientos. Pero fíjate, y verás qué cosa tan buena. Aquí tienes todos éstos, que proceden de una vajilla inglesa que un criado muy bruto le rompió á un vecino mio. ¡Una gran cosa! Estos otros son trozos de vidrio; casi todos proceden de cascotes de gaseosas. No así esta otra magnífica colección que ves aquí en la primera leja. Son culos de vaso del mejor cristal alemán; pueden garantizarse. ¿Pues y la sección de barro sin barnizar?—añadió D. Lorenzo, haciendo ademán de tirar de un gran cajón lleno de jarras rotas.

—No te molestes, no,—dijo D. Rufino sin saber qué camino tomar, persuadido de que su amigo había perdido por completo la cabeza.—No te molestes, hijo mio; conozco ese género, aunque no lo he coleccionado nunca.

—Pues has hecho muy mal, porque es artículo que vale tanto como tus mejores peluconas.

—Pero, hombre,—exclamó D. Rufino no pudiendo ya contenerse,—¿has perdido el juicio? Vuelve en tí, Lorencito, ¿no ves que esos son tientos?

—Y de los más finos,—replicó el granuja del retirado.

—Pues entonces, ¿cómo dices que valen tanto como mis monedas de oro?

—Me he equivocado; valen más.

—No te entiendo, Lorenzo.

—Pues es muy fácil. ¿Cuánto tiempo tienes en el arca tus onzas de oro?

—Las primeras son del año 11, del año del hambre. Me costó tanto trabajo el recogerlas, que las metí en un canuto de hojalata y lo estañé. Son cincuenta justitas, todas de peso cabal. Les puse su rotulito.

—¿De qué te han servido desde entonces?

—Hombre, yo te diré...

—Lo diré yo antes: de nada. Mejor dicho, de congoja. ¡Cuántas veces te habrás levantado á media noche, y habrás sacrificado tus mejores fósforos sin cabeza por darles un vistazo á ver si se habían movido de su sitio! Es decir, que las tales onzas te costó hambre el recogerlas, y te ha costado desvelos el guardarlas. Total: que en vez de servirte ellas á tí, las has servido tú á ellas; y como lo que no sirve no vale, resulta que tus onzas no valen nada. Mira en cambio este fondo de ornamental. ¡Oh, si supieras los grandes servicios que me ha prestado por espacio de muchos años! ¡Pobrecillo! Hoy está jubilado á consecuencia de una herida recibida en campaña. ¿No es más justo que yo conserve este fiel servidor, que tanto bien me ha hecho, que el que tú guardes tus mo-

nedas, que de nada te han servido! Mira, mira este culo de vaso.

—¡Basta!—exclamó D. Rufino;—no sigas, porque si me has de contar la historia de los servicios de cada tiento hay para rato.

—En cambio tú tienes muy poco que contar de tus riquezas.

—Son valores reales y efectivos, que en su día podrán aprovecharme.

—Para pagar tu entierro.

—No tengo más que setenta y cinco años,—exclamó ya picado D. Rufino;—y aunque soy solo y tengo hoy pocas necesidades, nadie sabe lo que puede sucederme el día de mañana.

—¡Desdichado!—exclamó D. Lorenzo;—me has llamado loco y... ¿quién más loco que tú? ¡Quién sabe si en este momento están contados tus días, y va Dios á pedirte cuenta de tu vida de ladrón pacífico!

—¿Es para insultarme para lo que me has traído á tu casa? Está visto que no hay amistad que no sea peligrosa,—exclamó D. Rufino algo convulso, dirigiéndose á la puerta de la habitación para marcharse; pero de pronto quedó como clavado en su sitio.

Acababa de oír un ruido que su oído no podía confundir con otro en los tiempos de revolución en que ocurrían los sucesos que narramos.

—Ya se ha armado—dijo D. Rufino palideciendo;—esto no es vivir.

Y escapó como un gamo, mientras D. Lorenzo se lanzaba al balcón á ver lo que pasaba.

En efecto: se había armado, como decía el avaro. Acababa de entrar en aquel momento una partida de sublevados, que, al grito de no sé que, recorrían las calles de la población publicando un bando draconiano para que, en el término de tres horas, les entregase la población una cantidad fabulosa que decían ellos era necesaria para llevar á efecto su patriótica misión de salvar á la nación echando abajo al Gobierno constituido y poniéndose ellos en su lugar.

Don Lorenzo, muy tranquilo, como hombre en quien hacían poca impresión tales cosas, se entró en la habitación y se sentó en una butaca á echar un cigarro.

No habían transcurrido treinta minutos cuando penetra en ella D. Rufino pálido como la muerte, pidiendo socorro.

Los sublevados acababan de dar con el arcón y sacar de su sitio las peluconas del año 11.

No habían respetado ni las de vintiuno y cuartillo.

—¡Socorro!—repitió el Sr. Miseria cayendo desplomado en una silla.

En esto empezó á oírse en la calle un infierno de tiros, producido por el encuentro de los sublevados con unas fuerzas de la Guardia civil.

—¡Socorro!—repitió de nuevo el avaro;—que me sangren al momento, ó dentro de breves instantes soy víctima de la aplopegía.

—Eso es lo grave—exclamó D. Lorenzo;—no se puede salir á la calle. No tengo encima ni un cortaplumas. ¡Ah, qué ideal!

Y se dirigió al armario.

Acababa de ocurrírsele el único medio de salvación, cual era sangrar al anciano con un trozo de vidrio.

Pensarlo y practicarlo fué obra de un instante.

El viejo avaro había doblado la cabeza al peso de la congestión próxima.

Rota una vena empezó á fluir la sangre, restableciendo sus facultades y salvándole la vida.

Cuando el avaro abrió los ojos, miró á su alrededor.

Don Lorenzo, en pie delante del lecho, limpiaba cuidadosamente el trozo de vidrio que había servido para la operación.

—¿Qué haces, Lorenzo?—exclamó el enfermo.

—¿No lo ves? Limpiar esta alhaja para colocarla en su lugar.

El viejo comprendió entonces toda la filosofía de aquella respuesta, y bajó los ojos preñados de lágrimas.

—Ya ves—exclamó su amigo—de qué te ha servido á tí tu tesoro, y de lo que ha servido el mío.

Don Rufino no contestó.

Al día siguiente, no teniendo otra cosa que dar, dió á los pobres hasta las colas de cigarro.

Y obró así porque había aprendido que el avarán de las riquezas, en vez de hacer á los hombres más libres y felices, los hace más esclavos y desgraciados, y que para salvar á un hombre puede mas la Providencia con un trozo de vidrio que el hombre mismo con todos los tesoros del mundo.

No olviden esto los pobres; antes tengan presente aquello que dice el Evangelio de que *al que busca el reino de Dios y su justicia, todo lo demás se le dará por añadidura*, es decir, que al que camina por la senda del bien, aunque sea pobre, no han de faltarle jamás medios de salvación.

ADOLFO CLAVARANA.

Repetido.

## Las pasiones y la felicidad

### PENSAMIENTOS

Si meditásemos los hombres lo que es la felicidad, no la buscaríamos ciegos en lo que precisamente la obstaculiza.

Las pasiones desenfrenadas son la causa de nuestra desdicha.

La codicia, la sensualidad, la envidia, la soberbia son fieras que acechan para devorarnos y que de hecho devoran á cada instante nuestra paz y nuestro bienestar.

Buscamos la felicidad y no tenemos en cuenta que no podemos hallarla si no al abrigo de las pasiones que la destruyen.

¿Dónde hallaremos un refugio contra nuestras pasiones?

En.....

### El Sagrado Corazon de Jesus

I. ¿QUÉ ES EL CORAZÓN DE JESÚS?—El arca de Noé en que han de entrar todos los seres que se han de librar de las aguas del diluvio, dicen los Santos Padres. Esto es; que en esta arca han de entrar todos los fieles y predestinados, para obtener su salvación. Es arca tan segura, que aquel que en ella entrare, no padecerá con las tempestades furiosas de la mar; porque quien habitare en el Corazón divino, ó no sentirá la turbulencia de las pasiones, ó saldrá incólume y con provecho de todas ellas.

II. ¿QUÉ ERES TÚ?—Muchas veces has sido llamado á entrar y habitar en el arca salvadora como otro Noé, y muchas tambien has desechado tamaña felicidad. Por eso has sido juguete de tus pasiones y de las tentaciones del enemigo, y has padecido con frecuencia lamentable naufragio. Y ¡desdichado de tí si Dios no te hubiese alargado la mano misericordiosa y entrádote por la gracia en el Corazón de Cristo! Y ¿cuándo querrás volver á probar fortuna? ¿Querrás todavía ponerte en medio de los peligros de este mundo engañoso?

III. ENTRA de una vez en el arca segura del Corazón de Cristo por la puerta del costado, y entra con ánimo y resolución de no salir de allí jamás mientras dure el diluvio de esta vida. Mira desde allá dentro las olas y tempestades que sufren los que andan fuera. Duélete de sus naufragios. Espántate de tantas ocasiones de pecar como en este mar del mundo se descubren y teme el acercarte ó meterte en ellas. Estate con Noé y su familia santa, procurando acompañarte de per-

sonas devotas del Sagrado Corazón, considerar sus virtudes é imitarlas. Y hablando con Cristo di la siguiente

### ORACIÓN

Oh Corazón divino de Jesús! Pues Vos sois la puerta por la cual entran todos los que se salvan, haced que siempre la encuentre franca. Concededme habitar dentro de Vos y libradme así de los peligros de este mundo. Infundidme un horror grande á todo pecado y un temor santo de todas las ocasiones de cometerlo, para que evitándolas, en Vos more perpetuamente y me salve. Concededme las demás gracias que son más convenientes para mi eterna salvación.

### SENTENCIAS

1. Vuélvete, alma, vuélvete paloma á Noé entrando en el arca, vuélvete á Cristo á lo más secreto de su Corazón, porque no es cosa segura estar mucho tiempo fuera. No quieras permanecer con el cuervo fuera del arca, mas antes huye presto de los cadáveres. Vuélvete hambrienta, porque te apacentará Cristo con pan del cielo.

V. Tomás de Kempis.

2. Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones, herida que hieres las almas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada por el Corazón de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable. Por tí entran los animales á guarecerse del diluvio en el arca del verdadero Noé: á tí se acogen los tentados, en tí se consuelan los tristes, contigo se curan los enfermos, por tí entran al cielo los pecadores, y en tí duermen y reposan dulcemente los desterrados y peregrinos.

V. P. Luis de Granada.

3 Oh divino Noé, pues en el arca de vuestro cuerpo abristeis á un lado puerta por donde entrasen los vivientes, que habian de escaparse del diluvio, dadme licencia que entre por esta puerta, para que el diluvio de los pecados del mundo no me anegue.

V. P. Luis de Lapuente.

4. Entrarás en el Corazón de Jesús como un navegante en un navío. El amor en el piloto: él te conducirá felizmente en este mar tempestuoso por donde es necesario navegar para llegar al puerto.

B.<sup>a</sup> Margarita de Alacoque.

(Del Tesoro del alma devota.)

### Á MI MADRE

Cual navio juguete de las olas destrizado por fuertes tempestades, perdido en las inmensas soledades del rugiente desierto de la mar; solitario, sin guia ni esperanza, sin luz que le conduzca á salvación, así vive afligido, madre mía, sin tí mi corazón,

El don más grande que puede uno recibir en este mundo, es el de saber vencerse á si mismo.

(Marta Catalina de Briviana)

## UN REY CRISTIANO

(FRAGMENTO HISTORICO)

D. Jaime el conquistador fué hermoso, robusto, de elevada estatura, proporcionado, perfecto y de prodigiosa fuerza muscular. Según las más autorizadas críticas, el *Conquistador*, fué superior á San Fernando, sino en virtudes cristianas al menos en sus empresas; fué el más esforzado de los guerreros; el más valeroso brazo; el caudillo más afamado; el más noble caballero; el rey más grande de Aragón; el más tenaz de los soldados. Era tanta su modestia y humildad, que en las *doscientas campañas* que llevó á cabo contra los musulmanes, se le vió compartir con sus soldados los sufrimientos y fatigas de la guerra.

Pero D. Jaime no fué solamente guerrero. El héroe de la literatura en su tiempo, ha sido él: léanse sus cantos, sus leyendas y sus diversas composiciones; su *Crónica*.

D. Jaime amaba á su padre como deben amar los hijos de buenos sentimientos; y del mismo modo que respetaba á los demás hombres, así era respetado.

Su corazón, como llevamos expuesto, hacía brotar las acciones más espontáneamente generosas y su alma albergaba las más heroicas y encumbradas virtudes, virtudes que en ella inoculaba su preceptor el gran San Raimundo de Peñafort, de la esclarecida Orden de Frailes Predicadores.

Seis años escasos contaba de existencia el hijo de Pedro II de Aragón, cuando fué entregado por completo á la sabia experiencia del ex-conde de Peñafort, y este que conocía el mundo y la época en que vivía, las disipaciones que pervierten al hombre cuando se entrega á la engañosa ilusión de de sus sentidos y todo cuanto puede ser nocivo al humano corazón, educó al pequeño príncipe en la moral más hermosa y sencilla, en la moral de Cristo. D. Jaime, por su parte, supo y quiso corresponder á los desvelos de San Raymundo; no admitió el Monarca aragonés otro consejero en el trono que al que había tenido en la infancia, ajustando sus leyes, órdenes, decretos, cédulas y edictos á la santa voluntad de su maestro. D. Jaime era un rey valiente, guerrero y atrevido, pero no unió jamás á estos adjetivos los de déspota, cruel y sanguinario: él fué padre de sus vasallos y padre también de los moros prisioneros, siendo tan generoso y bueno que estos pregonaban por todas partes la gran generosidad del rey de España. ¡Nobles y humanitarios sentimientos, que sólo el ilustre dominico y conde de Barcelona, Raimundo de Peñafort, había logrado infiltrar en el alma de aquél su egregio discípulo!

Y era esto tan notorio que hecho prisionero Peñafort en tierras africanas por las fanáticas huestes del islamismo, fué puesto en libertad y espléndidamente obsequiado por aquellas gentes feroces en cuanto tuvieron noticia de que el fraile prisionero, si bien

ra su implacable enemigo era el que, había educado al tan generoso, tan grande y tan buen Monarca aragonés. (1)

¿Les gusta á nuestros lectores este tipo tan simpático? Pues reyes como este son fruto del Sagrado Corazón de Jesús.

## Institución del Santísimo Sacramento

Instituyó Jesucristo este divino Sacramento para satisfacer el deseo ardentísimo que tenía de comunicarnos sus bienes, porque ninguno de los otros medios con que enriqueció á los hombres le había contentado plenamente. Considera bien, alma religiosa, esta insaciabilidad de su liberalísimo Corazón. No es meramente un don nuevo el que nos hace, sino una suma de sus copiosos dones que incluye toda suerte de bien. Todas las necesidades que un alma puede tener en esta vida se remedian aquí. Almas tentadas, afligidas, tímidas débiles, ciegas, pobres, enfermas, moribundas, si de este medio sabéis usar, en él encontraréis de una vez cuanto se puede hallar en los amigos, maestros, libros, ejemplos, consideraciones, devociones y demás recursos de consuelo y dirección espiritual. Aquí hallarán compendiado todo esto innumerables almas para bien y santificación suya, pues Jesucristo á todas horas está patente á todos; cuando los otros medios, ni siempre los hay ni siempre son aptos á la necesidad en que nos vemos. ¡Qué indolencia sería no valernos de un remedio tan universal! ¡Qué ingratitud á un amor tan generoso y pródigo! ¡Qué descuido tan reprehensible permanecer todavía lánguidos en el sendero de la perfección!

Añádase, que no sólo es compendio de los divinos dones, sino un don nuevo y mayor que todos los otros, aunque todos son frutos de la caridad infinita de nuestro dulcísimo Redentor; porque en él nos dá el árbol que los produce todos dándonosos á si mismo sin reserva alguna. Nos dá su Humanidad sacratísima con todos los merecimientos de su vida moral, y la Divinidad con todos los tesoros de su bondad, poder y sabiduría, sin poner más tasa á nuestros deseos, aunque sean vivísimos, que la que nosotros ponemos, que es nuestra disposición y capacidad. Alma, pondera bien ahora este exceso de amor, tú que á los beneficios de los hombres te muestras grandemente reconocida. Los regalos humanos te mitigan si estás airada, te enardecen, si indiferente, te obligan, te cautivan, y sólo con tu Dios cambia de naturaleza tu corazón ingrato. Confúndete, arrepíentete, enternécete y acaba de conocer lo que debes pensar, sentir y hacer para dar gusto al divino corazón, insaciable en colmarle de beneficios.

Libro citado.

(1) ALVARO I. DE THOU.



### HUMILDAD

ANTE EL MISTERIO EUCARÍSTICO

Pensamiento, que al cielo subes y subes,  
Mira bien no te pierdas entre las nubes.  
Pliega, pliega las alas, amaina el vuelo,  
Pensamiento que altivo subes al cielo.  
No te arrebathe loca la humana ciencia:  
Los consejos atiende de la prudencia;  
Escucha á los que, en alas de su ardimiento,  
Cruzaron las regiones del vago viento,  
Y verás que encontraron—¡triste enseñanza!  
Fallidas las promesas de su esperanza.

Del éter en la triste región inerte.  
Acechando á la vida vela la muerte.  
Conforme de la tierra se va elevando  
El hombre, de la vida se va apartando,  
En los altos espacios—¡raro portentoso!  
Falta luz á sus ojos, aire á su aliento;  
Sudor de sangre baña tu torva frente;  
Vértigos tenebrosos cruzan su mente;  
Sus miembros relajados embarga el frío:  
¡Todo es calma, silencio, sombra, vacío!

Tal es también la suerte del hombre vano  
Que penetrar intenta lo sobrehumano:  
Cuando á inquirir misterios de Dios se lanza,  
Cuanto mas alto vuela, menos alcanza:  
Y cuanto más invoca su estéril ciencia,  
Mas confunde su orgullo la Omnipotencia.

Pliega, pliega las alas, amaina el vuelo,  
Pensamiento que altivo subes al cielo.  
Mejor á Dios te elevas cuando te humillas:  
¡Nunca es mas grande el hombre que de rodillas!

(Federico Balart.)

### PENSAMIENTOS

El que desea en este mundo otra cosa que á Dios se engaña; quien ama á otro que á El, se engaña miserablemente.

San Felipe Neri.

La virtud es la base de la buena educación; sin aquella no es posible esta.

\*\*\*

Si los que no han hecho mas mal que callar cuando debieran reprender á los pecadores, son reos de su sangre y de su perdición, ¿qué diremos de los que les han dado motivo de escándalo con sus acciones y palabras.

San Basilio.

Si quereis formar juicio de un hombre observad quienes son sus amigos.

Fenelón.

## BIBLIOGRAFIA

TESORO DEL ALMA DEVOTA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS, compuesto por el P. Loginos Navás, de la Compañía de Jesús.—Anunciamos al público con verdadera satisfacción una obra cuya necesidad era sentida por los amantes del Corazón sacratísimo de Jesús; pues á la vez que en ella se contienen las prácticas más devotas en obsequio del Deífico Corazón, las cuales difícilmente se hallarían sino diseminadas en varias obras, sirve admirablemente para que los Predicadores y Maestros de espíritu tengan á la mano lo principal que han dicho los Padres y Doctores de la Iglesia respecto á esta devoción tan extendida ya, por la divina misericordia.

PRECIOS—Un ejemplar, encuadernado en tela 1'50. ptas. Encuadernado en piel de color 2.—Por cada diez ejemplares se darán dos gratis.

Para los pedidos dirigirse á la librería de Cecilio Gasca, Plaza de la Seo, 2, Zaragoza.

EL DEVOTO DEL SACRATÍSIMO CORAZON DE JESUS.—Precioso libro en el cual su autor el P. Longinos Navás, S. J., ha reunido y dispuesto una devota colección de ejercicios piadosos para obsequiar al divino Corazón.

Véndese en la librería y tipografía católica, Pino, 5, Barcelona, al ínfimo precio de 75 céntimos encuadernado en tela.

LA VIDA ESPIRITUAL. (Cartas á Teofila) —Escritos por el M. R. P. Ambrosio de Valencia M. Provincial de los Franciscanos Capuchinos de la Provincia de Toledo. Acaba de publicarse la 3.<sup>a</sup> edición de esta preciosa obrita ascética que consta de 416 páginas en octavo con esmerada impresión en papel agarbanzado. Fundándose en los Santos Padres y Doctores, el P. Valencia resuelve con mucho acierto las mas frecuentes é intrincadas dudas en el camino de la perfección. Su estilo hermana de un modo tan natural la sencillez con la elegancia y sublimidad, que persuadiendo á los lectores las verdades que expone capta juntamente su afecto. Para los pedidos pueden dirigirse á las librerías católicas y al Sr. Administrador de los P. P. Capuchinos de Sevilla.—Precios. En rustica 2 ptas, y 2'75 empastada lujosamente en tela.

### LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

#### PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion. . . . .	4 pesetas mensuales.
Media id. . . . .	2 "
Un cuarto id. . . . .	1 "
Un octavo id. . . . .	0'50 "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripción en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Bolsa 10. y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.